

19-V-59

FUNDADO EN 1905 POR DON TORCUATO LUOA DE TENA

HACE cuatro-
cientos años
un desconoci-
do, incidentalmente,

CLASICOS Y PROLETARIOS

llamó clásicos a los escritores griegos y latinos de la Antigüedad. El anónimo humanista había leído, probablemente, esta palabra en Aulo Gelio. Hay un lugar de las "Noches áticas" en que se contraponen los autores clásicos—buenos escritores de época antigua—con la mediocridad contemporánea de los "proletarios". Ambos nombres, tomados de la organización social romana, iban a ocultarse en un silencio de siglos. El primero, hasta el oscuro e impreciso humanista del siglo XVI, que lo aplicó a todos los antiguos. El otro, más tiempo aún, hasta

Marx y Engels, en el Manifiesto Comunista de 1848, le imprimieron la violencia revolucionaria y agresiva de que todavía hoy se halla poseído.

Gelio había apuntado a un criterio ordenador de calidades literarias, atribuyendo la condición de clásico (con toda suerte de imprecisiones, desde luego) al escritor cuya excelencia era un hecho indiscutible y aceptado. Los autores ya no se distinguirían simplemente en "veteres et novi", o en buenos y malos, con toda la vaguedad de estas palabras. Gelio intuía la necesidad de un criterio técnico de una u otra especie. Pero a esta primera utilización ocasional en la crítica literaria del adjetivo "clásico"—"classicus scriptor"—iban a seguir, como he dicho, quince siglos de silencio.

Aun después, la voz "clásicos" o "clásico" tardó bastante tiempo en imponerse. Hasta el siglo XVIII no se puede decir que fuera un término aceptado. Y sólo después de Hegel posee definitivamente el contenido específico con que la entendemos hoy. Pero es verdad también que sólo desde Hegel—tal vez con la parcial y solitaria excepción aristotélica—han logrado los críticos de la literatura y el arte afrontar el estudio del pasado con el sentido histórico que les dotaría definitivamente de penetración, medida y proporciones. Cabe decir que desde entonces la dimensión temporal—como una coordenada sustancial de la vida humana, integrada por el ambiente histórico, los propósitos y las posibilidades técnicas del artista real, de carne y hueso, en un momento y lugar determinados—matizará ya siempre la espontánea inclinación humana a juzgar de todo, inflexiblemente, con las propias nociones convertidas en criterios absolutos.

El adjetivo clásico, pues, se aplica desde principios del siglo XIX al arte y la literatura de la antigua civilización greco-romana del Mediterráneo. De un modo más concreto, a los momentos y las obras que marcan su máximo esplendor. A partir de aquí se iban a desarrollar las dos acepciones secundarias de esta palabra básica. Clásico será, por extensión, todo lo que en los órdenes de la creación artística es excelente dentro de su género. Y lo que también dentro del

género, y en razón de su excepcional valor, es digno de imitarse: entendiéndose esta imitación—mimesis—en el sentido de Aristóteles, único camino para elevarse a la región del arte. Ni reproducción servil, ni literatura del absurdo por el absurdo mismo.

La voz, así, resulta inseparable de una concepción del mundo, y sobre todo de la literatura y del arte, que supone que en el vasto reino de la expresión, el pensamiento y la belleza hay jerarquía y tradición. Y hay también un movimiento dialéctico y polémico entre dos polos contrapuestos. Un mimetismo puramente conservador e intemporal, al que muchas veces se ha impuesto el nombre helador de clasicismo, y el empuje renovador que caracteriza al dinamismo de la vida. La jerarquía es una escala móvil que admite alteraciones, perspectivas, enriquecimiento. La tradición es una fuerza activa y creadora. La oposición que constantemente se repite entre clásico y romántico, clásico y barroco, clásico y moderno, como la que en tiempos anteriores surgía entre "veteres et novi" o antiguos y modernos, es una constante de la vida humana. Tíñe de luces y de sombras el perfil sinuoso de la Historia. Será fecunda siempre que no se pierdan los secretos hilos conductores de la jerarquía y la tradición, que guían toda la secular evolución del espíritu del hombre de Occidente.

El nombre pudo nacer casualmente. Los romanos llamaban "classici" a los ciudadanos que poseían bienes suficientes para inscribirse en el censo dentro de la primera "classis" de la urbe. A ellos correspondía, como un honor y como un deber, servir en el ejército y, en la práctica, tenían un mayor acceso y responsabilidad en la política, a lo cual acompañaban la consideración social y el respeto de los otros.

Joseph Pieper, en uno de sus libros, ha advertido que también fué casual que la escuela platónica de Atenas llevara el nombre de Academia. Después, "académico"

co" ha venido a ser el nombre propio de los saberes superiores, de su enseñan-

za y de su aprendizaje. Hay una relación histórica real entre lo que hoy llamamos académico y el estilo y las maneras de la escuela de Platón, de modo que "académico", hoy, es algo similar o relativo a lo que fué hace veinticuatro siglos, o no es nada. Académico, según Pieper, es teórico y es filosófico. Implica una referencia a la tradición y un sentido cultural o religioso de veneración al ser: una silenciosa actitud de escucha y de respeto para captar el callado mensaje de las cosas; una investigación, si se quiere, pero de la realidad del ser.

Del mismo modo, "clásico", término técnico de la literatura y el arte, fué extraído de la organización social romana por casualidad, o por la pedantería y la falta de imaginación que caracterizan a Aulo Gelio. Se aplicó después a las realizaciones de la antigüedad. Y empezaron a ser llamadas con este nombre las creaciones literarias y artísticas que poseían la condición excepcional de la excelencia y el carácter sugestivo y atrayente del modelo. Pero de manera que, entre unos y otros de estos usos, se mantuvo siempre una clara relación de dependencia que da sentido y cohesión a toda la historia de este término.

El canon de los clásicos no es una lista definitivamente cerrada e intangible de venerable arqueología. Hay nuevas cuestiones, como una lengua nueva o una realidad antes desconocida, que retan al artista verdadero. Quien acierte a lograr la máxima calidad respecto de ellas será un clásico nuevo, como Dante, Shakespeare, Goethe y Dostolevski. Pero esta condición, que ha de ser reconocida universalmente, no se otorga a la ligera. Hay que pasar por la prueba de fuego de los tiempos.

Entendido así el término clásico, es un título de honor del mundo occidental conservarlo y mantener, gracias a quienes lo merecen, un diálogo continuo con los siglos. La vuelta a ellos a la hora de la formación y del estudio, o en los momentos de contemplación gozosa de la belleza que acertó a ser expresada, es fértil para el creador, orientadora para el crítico y significa una iluminación y un ensanchamiento del espíritu para cualquier hombre que tenga capacidad de recepción y de diálogo. Para quien no se resigna a ser un "proletario" de vida plana, pobre y sin sentido. El contacto con los que verdaderamente han merecido la apelación de clásicos—en la acepción general que aquí hemos recordado—pone al hombre en amistad con altas cumbres de la historia del espíritu. Es capaz de mostrarle, desde ellas, el verdadero relieve y el sentido verdadero de las continuas y pequeñas novedades que, a cada instante, reclaman su atención en la vida cotidiana.

Antonio FONTAN